



LOPE
DE
VEGA

LAS FERIAS
DE MADRID

EDICION CONMEMORATIVA DEL IV CENTENARIO
DEL NACIMIENTO DEL AUTOR



Novela costumbrista y de enredo, que transcurre en Madrid durante una feria. Aparecen escenarios muy conocidos por los madrileños... el Rastro, la Puerta del Sol, etc.

Los personajes son variados, desde una joven malcasada con un marido celoso, pasando por alguaciles, ladrones, vendedores, juerguistas, hasta el marido que corteja a su esposa sin saberlo.

“Las Ferias de Madrid” fue escrita antes de 1603, pues aparece citada en El peregrino en su patria dicho año, y se imprimió por primera vez en la Segunda parte de las comedias de Lope de Vega Carpio, Madrid, Alonso Martín, 1609, cuyo defectuosísimo texto fue reproducido sin variación alguna en las varias reimpressiones posteriores, de las cuales la Biblioteca Nacional de Madrid sólo posee las de Madrid, 1610, Barcelona, 1611; Bruselas, 1611 y Madrid, 1618.

En nuestros días Cotarelo y Mori la incluyó en el tomo V de la Segunda serie de Obras de Lope de Vega que dio a luz la Real Academia Española (Madrid, 1918).

Esta edición se basa en las del siglo XVII, pero moderniza la ortografía y puntuación conforme a la versión de Cotarelo y Mori.

PERSONAJES

GUILLERMO,	<i>buhonero.</i>
PIERRES,	<i>buhonero.</i>
LUCRECIO,	<i>caballero.</i>
ADRIÁN,	<i>caballero.</i>
CLAUDIO,	<i>caballero.</i>
BELARDO,	<i>viejo.</i>
VIOLANTE,	<i>dama, su hija.</i>
PATRICIO,	<i>su marido.</i>
Dos MUCHACHOS,	
Un MUCHACHO,	<i>que vende aguardiente.</i>
Tres VILLANOS,	
ROBERTO,	<i>caballero.</i>
LEANDRO,	<i>caballero.</i>
ALBERTO,	<i>caballero.</i>
EUFRASIA,	<i>dama.</i>
TEODORA,	<i>su criada.</i>
EUGENIA,	<i>dama.</i>
ESCUDERO,	<i>viejo.</i>
ISIDRO,	<i>lacayo.</i>
Un LADRÓN,	
Un ALGUACIL,	
ESTACIO,	<i>paje.</i>
FREGONA,	
HOMBRE,	<i>embozado.</i>
MORENO,	
Dos CRIADOS,	

JORNADA PRIMERA

(Salen GUILLERMO y PIERRES, buhoneros).

GUILLERMO.

¿Que en esa acera pusiste
tu aparato y tienda, Pierres?
Guarda que el lance no yerres
que en la de enfrente tuviste.
No te fue mal otros años
con el puesto que te di.

PIERRES.

Antes, por ganar, perdí;
hay un provecho y mil daños.

GUILLERMO.

Pues la luz, ¿no es de importancia?

PIERRES.

Sí, pero tiene aquel lado
descubierto y me han robado
la mitad de la ganancia.

GUILLERMO.

¡Qué bien nos dio de comer
el amigo!

PIERRES.

¡Largo cuenta!
A fe que tiene pimienta,
pero no para beber.
Conocíle yo en Amberes,
pobre y de bellaco talle,
que vendía por la calle
hilo, antojos y alfileres,
y agora está rico a costa
de nuestras pobres haciendas.

GUILLERMO.

¿Descubriremos las tiendas?

PIERRES.

Ganar quieres por la posta.

GUILLERMO.

Mal me fue por la mañana.

PIERRES.

Descubre, que dio la una.

GUILLERMO.

Espero mejor fortuna
si esta tarde no se gana.

(Descubren las tiendas, y sale LUCRECIO).

LUCRECIO.

¡Oh, pesia tal con el pesado yugo,
que a fuerza quiere ya romper el cuello

y que ha de ser un vulgo mi verdugo!
 Colgada veo de un sutil cabello
 toda la fuerza del cabello mío.
 ¡Rómpase ya, que gusto de rompello!
 Maldiga Dios aqieste desvarío
 de ferias o de diablos, que me tiene,
 antes que entre el invierno, helado y frío.
 Todos los años por aciago viene
 la fiesta de este santo, como martes,
 y para todos es fiesta solene.

(Sale ADRIÁN).

ADRIÁN.

¿Usase, por ventura, en otras partes
 aquesta negra feria o borrachera,
 grande invención de un bachiller en artes?
 Paréceme esta plaza a la quimera,
 compuesta de oro, paños y cebollas:
 aquí cuelga un tapiz; allí, una estera.
 También se venden perlas como pollas,
 y como rica seda, verde esparto,
 camas de campo y coberteras de ollas.

LUCRECIO.

¿Dónde bueno, Adrián?

ADRIÁN.

Cansado y hartó.

LUCRECIO.

¿De ver la feria?

ADRIÁN.

Más de huir la feria.

LUCRECIO.

¿Huir? ¡Mala señal!

ADRIÁN.

No tengo un cuarto.

LUCRECIO.

¡Por Dios, que ha sido general miseria!
En cueros he quedado.

ADRIÁN.

Así nacistes;
tendréis menos calor.

LUCRECIO.

Y más lacería.
Contadme, pues, las ferias que le distes
a la señora doña...

ADRIÁN.

Quedo; basta,
no la nombréis.

LUCRECIO.

¿Parece que la vistes?

ADRIÁN.

Dile de ferias una gran canasta.

LUCRECIO.

¿Qué tantas fueron?

ADRIÁN.

No, la cesta sola.

LUCRECIO.

Empeñado quedáis.

ADRIÁN.

Mucho se gasta.

LUCRECIO.

¡Ah, quién fuera serpiente que la cola
metiera en los oídos al encanto
de un "Dadme ferias, dadme ferias"! ¡Hola!
¿Qué es aquesto, señor? ¿Dice algún santo,
algún doctor, algún antiguo o nuevo,
que esto tenga razón?

ADRIÁN.

De vos me espanto.
¿No lo recibe el vulgo? Yo lo apruebo,
que pone leyes como el rey.

LUCRECIO.

¡Ah, carga
de vil pobreza, que a los hombros llevo!
Reciba el vulgo que la calza larga
llegue al tobillo, y la camisa, al hombro
adobada y tiesa, que parezca adarga;
y los sombreros, como yo los nombro,
panes de azúcar, y que chico y grande
se igualen en vestir, que no me asombro,
todo lo sufro bien; pero no mande
que la feria de aquel que compra y vende
tan recibida entre mujeres ande.

Si el otro vende y compra, no se entiende
que, porque él lo dé sin alcabala,
aquella ley aquésta comprehende.

Si mi dama quiere alguna gala,
para dársela yo, ¿qué es de importancia
que lo mande la feria?

ADRIÁN.

Es ley.

LUCRECIO.

Es mala.

Feria, ¿qué dice?

ADRIÁN.

Pueblos son en Francia,
¡por Dios!, que habéis de dar o ser un necio.

LUCRECIO.

Por dar lo soy.

ADRIÁN.

Apruebo la ignorancia.

LUCRECIO.

El que la hacienda tiene a menosprecio,
gaste, deshaga, trueque, cambie, corte,
aquesto compre, aquello ponga en precio;
pero el que vive, como yo, en la Corte
de sólo su milagro, ¿no es forzoso
que en dar lo que no tiene se reporte?

ADRIÁN.

¡Por Dios, que andáis, Lucrecio, escrupuloso!

¿Con el vulgo os tomáis?

LUCRECIO.

¿Pues no?

ADRIÁN.

Dejadle,

que es monstruo de mil formas espantoso

Confieso yo que os quieran y de balde,
si aquesto puede ser, que en amor puede,
y tiene la pobreza el padre alcalde.

Y cuando tanto bien se le concede
al pobre enamorado, que su dama
de sólo puro amor pagada quede.

¿No veis? Que sale el pajecillo, el ama,
la vecina, la deuda, hermana o prima
con quien ha de cobrarse nueva fama.

Y que como a las tales no lastima
el regalo que hacéis a la parienta,
y cada cual el interés estima,
si no las contentáis, está la cuenta
tan en la mano y la ocasión tan cierta,
que habéis de veros en notable afrenta.

Luego, la moza que os abrió la puerta,
os la cierra con mil inconvenientes
y en todo un año no la halláis abierta.

La hermana dice luego que las gentes
murmuran de aquel hombre, y que es mal hecho
abrir la boca a tantos maldicientes,

y que es hombre galán, mas tan estrecho
como de la cintura del dativo,
y que es un hombre honrado y sin provecho,

y que hay otros cien mil, y algún cautivo,
hombre de gusto, honor, hacienda y talle,
que en dar la suya no se muestra esquivo.

Una y otra comienzan a alaballe,
y alábanle de suerte, que en dos días
le dejan sin la dama y en la calle,
donde, si hacéis más llanto que Macías,
se han de reír de vos.

LUCRECIO.

Amigos vienen.

(Salen CLAUDIO y ROBERTO).

ROBERTO.

Podéisles dar algunas niñerías.

CLAUDIO.

De estas que ahora los buhoneros tienen.

ROBERTO.

Así me lo parece.

CLAUDIO.

Que otras tiendas,
ni por el pensamiento me convienen.
Tengo empeñadas por Madrid mil prendas
por esta negra...

ROBERTO.

¡Paso! —¿Qué hay, amigos?
Bien es que tal lugar le reprehendas.

LUCRECIO.

Roberto, ¿cuándo fuimos enemigos
del señor Claudio?

CLAUDIO.

Nunca tal, por cierto;
antes mis secretarios y testigos.

ADRIÁN.

Bésoos las manos.

CLAUDIO.

Juego al descubierto
con gente honrada.

LUCRECIO.

A lo menos, vuestra.—
¿Qué habéis feriado?

CLAUDIO.

Dígalo Roberto.

ROBERTO.

Muy poco o nada, que en la casa nuestra
han hecho las mujeres voto expreso
de no pedillas.

LUCRECIO.

¡Virtuosa muestra!

CLAUDIO.

Si va a decir verdades, pierdo el seso
por unos ojos de una rebozada,
y aquí se me ha perdido.

ADRIÁN.

¡Bueno es eso!

CLAUDIO.

Yo sé que es buena ropa y que me agrada,
y a fe que, si la encuentro, que sospecho
que ha de volver con ferias y obligada.

ADRIÁN.

Si por ventura somos de provecho,
iremos en su busca.

CLAUDIO.

Enhorabuena,
que a todo llevo descubierto el pecho.

LUCRECIO.

¿Adónde la perdistes?

CLAUDIO.

Iba llena
esa calle Mayor de cortesanos,
y allí se me perdió.

ADRIÁN.

Pues no os dé pena:
moved los pies y aparejad las manos.

*(Vanse, y sale EUFRASIA, dama, y TEODORA, criada tuya, con
mantos y rebozos; un ESCUDERO viejo con ellas).*

EUFRASIA.

¿Cómo haremos, Teodora,
para engañar este viejo?

TEODORA.

¿Cómo? Tomando el consejo
que ayer te dije, señora.
¡Maldito sea, y qué necio!
¡No se hiciera perdedizo!

ESCUDERO.

(¡A fe que está llovedizo!
¡No tiene un pantuflo precio!
Como salen del calor,
daña mucho la humedad).

EUFRASIA.

(¡A fe que dices verdad;
eso será lo mejor!).
¡Ah, Juan Francisco!, ¿no oís?

ESCUDERO.

No oigo a vuestras mercedes.

EUFRASIA.

¿Cómo?

ESCUDERO.

Quítanme el Paredes,
el Mendoza y el Solís.
En otras casas me honraban;
llamábanme todo el nombre.

EUFRASIA.

(¡Qué pesado que es el hombre!).

TEODORA.

Por cierto, necias andaban.—
Hacéis, mi señora, ultraje.—